

SALVADOR AZUELA

El año de 1924 Morelia era una ciudad de cuño colonial, que por fortuna se conserva en la entraña intacto y también parecía una prolongación del siglo XIX, como una litografía de los tiempos de Cumplido. La vida se gobernaba por los toques de las campanas de las iglesias. Templos y retablos de estilo barroco; plazas y jardines recoletos; el parque de San Pedro y la calzada Miguel Silva, próxima al viejo acueducto constituían atracciones particularmente morelianas.

Era gobernador del Estado de Michoacán un hombre sencillo y bondadoso. Ranchero nativo de la Piedad de Cabadas, el general Enrique Ramírez es revolucionario desde la etapa maderista, con los atributos del pequeño propietario de esa zona de la República. Miliciano más que militar profesional, el general Ramírez despierta la simpatía de los que lo conocen, por la llaneza de su trato y su espíritu servicial.

Llevó el Gobernador, como Secretario de Gobierno, a Vidal Solís, impetuoso, inteligente y audaz. Con grandes iniciativas, conocía los problemas de Michoacán. Murió Vidal en una trágica encrucijada de la política mexicana de la época.

Entre los colaboradores del general Ramírez, figuraba como Procurador de Justicia del Estado Luis Garrido. Era un joven de presencia simpática, bondadoso mirar y mesurado juicio. La ironía de buena ley se manifestaba desde luego en Garrido. De la Procuraduría pasó a Magistrado del Tribunal Superior de Justicia, desempeñando sus funciones con dignidad y acierto.

De modo espontáneo se formó un grupo interesado en el cultivo de las letras y lleno de preocupaciones cívicas. Además de Garrido, formaba parte del cenáculo el poeta guanajuatense Ignacio Barajas Lozano, que daba la impresión de vivir perdido en un mundo remoto, extraño a la realidad de todos los días. También el potosino Franco Carreño, siempre juguetón e ingenioso, autor de novelas cortas amenas. Y Francisco Arellano Belloc, ávido de

abarcarlo todo: la política, la poesía, el derecho, hasta el toreo. A ese grupo tuve el privilegio de incorporarme entonces.

Cuando Luis Garrido llegó a Morelia, ya había publicado con éxito, en 1922, *Los apólogos de mi breviario*, y en Morelia terminaría las *Meditaciones de un idealista*, que llevaba en su equipaje preparadas y la pequeña novela autobiográfica *El amor inglosable*.

Nos reuníamos con frecuencia en el café de la Soledad o en aquella casa de la calle de La Estampa, en donde vivía Garrido con su familia. Animador apto en descubrir y orientar vocaciones, pronto ocupó la cátedra de literatura española en el Colegio de San Nicolás de la Universidad Michoacana. Con él y los amigos caminábamos mucho por la ciudad y Morelia no tenía para nosotros secretos.

En un momento de confusión, asqueado de la política mexicana de la época, Garrido fue factor determinante para que me reintegrara a la vida universitaria. Siendo él Director y catedrático de la Escuela de Derecho de la Universidad Michoacana, inicié los estudios de licenciado. Impartía la cátedra de economía política, que abarcaba dos años y comprendía tanto la doctrina como la historia de las ideas económicas. Sus explicaciones eran claras y sistemáticas, en un estilo llano, y el texto que recomendó a los alumnos fue aquella obra de Carlos Gide, que se caracteriza por la claridad cartesiana.

El ambiente era de buen humor, ajeno a la solemnidad. Ninguno de los amigos, en este aspecto, más inquieto que Franco Carreño, al que sus bromas inteligentes siempre le costaban ratos difíciles. Un día se celebraba un concurso de oratoria, patrocinado por el diario metropolitano *El Universal*, en un teatro de Morelia. Perdidos entre la ruidosa concurrencia estudiantil, estábamos Carreño y yo, cuando de pronto Luis Garrido, miembro del jurado calificador, avanzó hacia el frente del escenario para anunciar que, antes del certamen, Carreño diría unas palabras introductorias. Sin desconcertarse, pasó a la tribuna y éste empezó a discutir sobre el arte de leer de Faguet que reclamaba el complemento del arte de hablar.

En aquellos días esperábamos con ansiedad los artículos que daba a la estampa los lunes, en *El Universal*, José Vasconcelos. Había suplido, en la página editorial, a Francisco Bulnes, al ocurrir la muerte del polemista. Todavía se publicaba, en 1925, semanalmente, la revista *La Antorcha*, que dirigía Vasconcelos, y que

al salir para Europa, dejó en manos de Samuel Ramos. También aparecen entonces los libros *La raza cósmica e Indología*, de Vasconcelos, que comentábamos entusiasmados.

Recordaba Garrido, con emoción, las lecciones de Antonio Caso en la antigua Escuela de Altos Estudios y en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Hablaba de los alumnos que concurrían a oírlo en Altos Estudios, de Vicente Lombardo Toldano, Alfonso Caso, Palma Guillén, entre otros. Particularmente ponía énfasis en un compañero de Guatemala —Mariano Zeceña— de sagaz inteligencia, que no era raro que hiciera objeciones a don Antonio, quien las recibía con beneplácito, por la forma cordial en que las presentaba.

Al atardecer, esperaban los estudiantes con avidez la llegada de Caso a la Escuela de Altos Estudios, en el edificio que se encuentra entre las calles de Moneda y Licenciado Verdad, en la Capital de la República. En una conferencia que Garrido dio en Morelia, que sirvió de antecedente para un libro dedicado al Pensador Mexicano, que fue escuchada con gran interés, evocó las lecciones del Maestro. Nos hablaba con frecuencia de una clase que se hizo famosa y que versó sobre la oración evangélica del Padre Nuestro.

Por aquellos días Caso estaba distanciado de Vasconcelos, pero en el fondo mantenían una profunda coincidencia en su actitud cristiana ante la vida. En otro trabajo, que también presentó en forma de disertación pública, Garrido estudió a Vasconcelos. En esa época no había publicado todavía el escritor oaxaqueño la *Ética*, la *Metafísica* y la *Estética*; por eso el conferencista contrastó el carácter sistemático con que Caso presentaba sus ideas y la falta de ese atributo en el pensamiento vasconceliano de entonces. También escribiría un libro sobre el oaxaqueño, en el que abarca su trayectoria cabal, posteriormente.

Fue discípulo de Ramón López Velarde en la Escuela Nacional Preparatoria, por 1914. El poeta de Jerez substituyó, en la clase de literatura española, a Luis G. Urbina, Garrido nos contaba como López Velarde salía del aula platicando con un grupo de sus alumnos, por las calles del México viejo, en atardeceres en que las torres y las cúpulas de las iglesias coloniales, se destacaban sobre el fondo morado episcopal del cielo.

La admiración de Garrido por Saturnino Herrán, procede de su primera juventud. Una conferencia de Morelia, consagrada al

pintor, es la semilla de la documentada monografía que publica muchos años después y que es una fuente de interpretación valiosa, no obstante el magnífico estudio, muy anterior, de crítico tan autorizado como Manuel Toussaint. La influencia que ejercía Garrido era estimulante. Su temperamento de animador se manifestaba en las enseñanzas que impartía a través de sus lecciones y sus conferencias universitarias ciertamente, pero también en el trato privado. Nos llevó al conocimiento de aquella novela río de Romain Rolland, *Juan Cristóbal*, que fue para nosotros una especie de breviario. Ya habíamos leído las *Vidas ejemplares*, publicadas por Vasconcelos, durante su gestión educativa, en la colección de tomos en pasta verde que consagró a los clásicos.

Terminó nuestra estancia en Michoacán. Él vino a México y su gestión como agente del ministerio público y después como juez penal le dio relieve. Ingresó como catedrático en nuestra Facultad de Derecho y formó en el grupo de redactores de la legislación penal de 1931. La revista *Criminalia* contaría con su colaboración permanente y luego la Academia Mexicana de Ciencias Penales.

En momentos aciagos, Garrido me mostró su amistad, de manera singular. Cuando caí preso, al empezar el año de 1930, después de la lucha vasconcelista, él puso noble empeño en mi libertad.

Designado Rector de la Universidad Nacional, me ofreció diversos cargos, que no pude desempeñar a su lado. En tono de broma le dije que lo único que deseaba era un viaje a Europa. Un día, en un concierto sinfónico, durante el intermedio, fui a saludarlo a su palco y entonces me comunicó que me preparara a acompañarlo al Congreso Mundial de Universidades que tendría lugar en Niza, en diciembre de 1950. Fue aquel un viaje inolvidable en que recorrimos, en compañía de Garrido, ciudades como Pisa, Venecia, Siena, Florencia y Roma, para volver a París.

Cincuenta años de vida intelectual construida sobre bases de cordialidad y de trabajo. ¡Cuántas vueltas ha dado "la rueda volandera del tiempo", de que hablaba Góngora! Las modas pasan; las instituciones se modifican; los pueblos sufren cambios estructurales básicos, pero la bondad, el bien, la belleza y la justicia, merecen siempre ser servidos.

El hombre que llegó a la rectoría de la Universidad Nacional mantuvo la cualidad superior de la prudencia, en el ejercicio del poder. Aunque no haya recibido la designación expresa de sus

discípulos, me siento autorizado para hablar en su nombre. La dirección de la Biblioteca Nacional ha tenido un acierto al reunirnos esta noche, en torno de Luis Garrido.

Sintió como animador, de acuerdo con la imagen dannunziana, esa ansia inagotable de superación que representa la melancolía recóndita de los jóvenes. No olvidaremos en qué condiciones nos incorporó a la familia del humanismo socialista de Rolland. Él mismo ha sido un rollandiano. Por eso ama la libertad, no la retórica o declamatoria, sino la que exaltó Beethoven en el Coral de la Novena Sinfonía.

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Filológicas
Calle de San Juan en No. 10
C. P. 04510 México, D. F.

